más aburriéndoles, esos hombres recogen ahora el inanimado cuerpo, se interesan vivamente por el infeliz suicida, quieren averiguar lo que le indujo á la fatal determinación, tratan de saber su nombre... ¡ahora!

¿Qué os importan su nombre ni sus penas? ¡Dejadlo en paz!

¡MAMITA!...

A la buena mujer se le murió su nene, que aún mamaba, sufriendo el mayor de sus dolores de madre; pero tomó un pequeñín de los de la inclusa para seguir criando, y éste, con sus embestidas de ternerillo al seno, con sus sonrisillas angelicales, con su llanto mimoso que parecía más triste porque era de un incluserito, se posesionó del tibio regazo y llenó el hueco del otro pequeñín...

La buena mujer, que era pobre, cobraba una insignificante pensión de la inclusa por criar al niño; pero pasado el destete, las hermanitas del Asilo le dijeron:

—Tiene usted que devolvernos el niño, puesto que ya está criado.

Sufrió la infeliz mujer como si fuese á perder al pequeñuelo para siempre, como si otro

hijo se le fuese á morir... y replicó llorando desolada:

—¡Yo lo quería para mí para toda la vida!

—Si usted le quiere puede tenerlo; pero no cobrará usted pensión.

—No, no, señora!—dijo la mujer con el rostro radiante de alegría y arrasados los ojos de lágrimas.—No cobraré nada ¡si lo que antes cobraba se lo echaba en ropitas! Yo lo quiero sin interés... ¡lo quiero porque le he dado mi sangre!...

Criaba la mujer al niño *colorado como un francés,* según expresión de ella misma, dicha con la más tierna satisfacción, y desde que el niño contaba cuatro años, le llevaba á las escuelas del Asilo con celo maternal.

Pero un día, cuando el niño cumplió los cinco años, cuando estaba más hermoso que nunca, las hermanitas del Asilo, suavemente, con la suavidad de hoja cortante,

recién afilada, dijeron á la pobre mujer:

—Tiene usted que renunciar al niño, tiene usted que dejarlo en el Asilo para siempre.

—¡¿Por qué, Dios mío!?—exclamó aterrada.

—Porque es usted pobre—le contestaron.

Y no hubo compasión para la madre infeliz. Quedó el niño en el Asilo y ella, desgarradas las entrañas ¡se marchó de allí como si acabase de enterrarlo!...

El niño lloraba inconsolable...

—Mamita!... mamita!...—decía con un balido sin fin.

Avanzó la noche en la fría soledad del Asilo... del coro llegaba un canto místico, fúnebre... en el ancho dormitorio, huérfano de todo calor de familia, el niño, como si fuese su voz, la triste, la desconsolada voz de todos los huerfanitos de este mundo, gemía sin cesar:—¡Mamita!... ¡mamita!...